

ACÚSOME PADRE

Autor: JOSÉ S. (FRAY MOCHO) ÁLVAREZ

Era ella una mujer de la vida alegre, como se decía antiguamente, a una horizontal, como se dice hoy en que afrancesarse es la moda.

Inteligente, instruida lo bastante para llamar la atención, y narradora admirable, se podían pasar momentos agradabilísimos en su compañía.

Yo cultivaba su amistad aún cuando con ciertas reservas, dada mi posición social.

En mis frecuentes conversaciones con ella había notado una gran animadversión hacia los miembros del clero, hacia los pollerudos como los llamaba y una noche en que, en la mayor intimidad tomábamos una botella de cerveza en su modesto comedor, le averigüé las causas.

Vea, me dijo, los aborrezco porque a uno de ellos le debo el no ser una mujer honrada...o mejor dicho, ser lo que soy!

Y me refirió, poco más o menos, lo siguiente.

En 1872 tenía yo 13 años y era una pollita de las que ustedes llaman ricotonas...no es por alabarme.

Mis padres gozaban de una posición no desahogada, pero sí mediana, querían hacer de mí una maestra de escuela y me tenían en un Colegio de Hermanas de Caridad situado en la Parroquia de X...en que vivíamos y próximo a mi casa.

Todas las mañanas iba a él a las seis y lo dejaba a las cinco de la tarde, recorriendo sola el corto trayecto y teniendo por costumbre entrar a la avenida y a la ida al templo parroquial, que me quedaba de camino a hacer mis oraciones.

Extremadamente religiosa por mi educación, encontraba en mi madre grande estímulo para observar las prácticas piadosas, pues, me hacía confesar casi diariamente ignorando la pobre que con ello cavaba la fosa en que había de sepultar la felicidad de mi vida.

Era mi confesor, el párroco del templo en el que siempre oraba, ¡un sacerdote extranjero como de treinta años de edad, bastante buen mozo y que dada la frecuencia con que me veía había llegado a tener conmigo cierta confianza.

Con motivo de mi primera comunión me atestiguó su afecto, regalándome varias estampitas iluminadas y un libro de misa lleno de viñetas y con los cantos dorados.

Esos obsequios como lo comprenderá, lo elevaron a grande altura en mi consideración de niña y estrecharon los vínculos de la especie de amistad que nos ligaba, imprimiéndole un sello de intimidad de que antes carecía.

Como prueba de amistosa distinción acabó por no oírme en el confesionario; lo hacía en la sacristía, y en la Secretaría y llegó hasta darme un beso en la frente varias veces, después de terminada la confesión.

Un día de tantos me llevó a la Secretaría y sentándose en el gran sillón forrado de seda punzó que había frente al escritorio, me llamó a su lado y levantándose en alto cuando yo menos lo pensaba, me colocó en sus faldas.

Este proceder me llenó de turbación, pero el respeto que le profesaba no dejó triunfar en mí la idea que tuve de separarme de su lado y buscar un asiento más propio y donde me hallara con más tranquilidad. Me acuerdo que me latía el corazón muy ligero.

Después de arreglarme las ropas descompuestas por el esfuerzo hecho para alzarme, recuerdo que me dijo al mismo tiempo que me daba un beso en la boca sin que pudiera impedirlo:

-¡Si vieras la sorpresa que te preparo para el próximo domingo!...Te voy a hacer un regalo precioso, a ti que eres la niña más buena, más piadosa y más linda de la parroquia...¿A qué no adivinas lo que voy a regalarte?

Y su voz temblaba un poco.

-¡No padre!...le contesté toda ruborizada porque sentí su mano izquierda apoyarse sobre mis rodillas, dulcemente y como al descuido, mientras que con la derecha me retenía en sus faldas.

-¡Bueno!...¡Adivina!...piensa en lo que más te guste...Y volvió a besarme, pero esta vez en el cuello.

Permanecí muda, me preocupaba aquella mano izquierda que me acariciaba cada vez con más franqueza y que se había ocultado a mis ojos.

-¡Pues te voy a regalar un bonito relicario de oro con una reliquia milagrosísima!... Y apretándome al mismo tiempo contra sí, me dio un beso en la oreja que me mareó, mientras que aquella mano que me

